



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
México

Hidalgo Flor, Francisco
EL MOVIMIENTO INDÍGENA ECUATORIANO EN LOS LABERINTOS DEL PODER
Bajo el Volcán, vol. 3, núm. 6, primer semestre, 2003, pp. 203-220
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28600612>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

EL MOVIMIENTO INDÍGENA ECUATORIANO EN LOS LABERINTOS DEL PODER

Francisco Hidalgo Flor

RESUMEN

El triunfo electoral del movimiento indígena y su presencia en el nuevo gobierno del Ecuador presenta una novedad en el escenario político latinoamericano. Sin embargo, el breve ejercicio del gobierno evidencia debilidades en las posibilidades de esas nuevas organizaciones indígenas para conducir el conjunto del proceso político, por lo que es indispensable hacer una lectura crítica al respecto.

ABSTRACT

The electoral triumph of the indigenous movement and its presence in the new government of Ecuador is something new in the political scenario of Latin America. Nevertheless, the brief experience of government indicates weaknesses in the possibilities of these new indigenous organisations to manage the whole of the political process. For this reason, it is necessary to make a critical reading of the experience.

Mudanza esta e a palabra chave, esta foi a grande mensagen. A esperaca venceu.

Lula, enero 2003

Probablemente las palabras de Lula logran resumir la esencia del proceso que se vive en América Latina a inicios del siglo XXI; los pueblos van abriendo etapas de democratización en las elitistas, racistas e ideológicamente colonizadas estructuras de poder, aprovechan las brechas que permiten sistemas políticos anquilosados y, allí donde la hegemonía muestra resquebrajaduras, pueden alcanzar ciertos triunfos. El panorama es de esperanza, pero no es definitivo y muestra confusos claroscuros.

En el Ecuador se expresa uno de esos hechos que aportan a esta tendencia; es el triunfo electoral de la alianza Sociedad Patriótica y Pachakutik en noviembre de 2002, a la que se sumaron ciertos sectores de la izquierda partidaria, marcando algunos hitos históricos. Por primera vez los pueblos indios, a través de la CONAIE, son orgánicamente parte de un gobierno, además partidos de izquierda, como el MPD, forman parte de las esferas gubernamentales, y el liderazgo recae en un militar cuyo antecedente político más sobresaliente es su participación en un levantamiento indígena-militar contra un régimen corrupto.

El gobierno de Gutiérrez con los indígenas forma parte de un periodo político que se abrió en julio de 1990, con el primer levantamiento nacional de los pueblos indios, y se consolidó con un amplio movimiento popular de oposición a los programas neoliberales, principalmente de privatizaciones, cuyos puntos más trascendentes fueron los derrocamientos de los ex presidentes Bucaram (1997) y Mahuad (2000), bajo la presión de grandes levantamientos sociales.

Durante el proceso electoral del año 2002, en la primera vuelta, en octubre, y la segunda, en noviembre, fueron derrotadas en las elecciones presidenciales las principales estructuras partidarias que los sectores burgueses constituyeron en las últimas décadas: la socialdemocracia tradicional con el Partido Izquierda Democrática, la derecha orgánica con el Partido Socialcristiano, y el populismo oligárquico con el Partido Roldosista. Pero fue una derrota parcial, pues a su vez éstos alcanzaron resultados favorables en las elecciones de escaños parlamentarios. Conforman la mayoría en el Congreso Nacional y mantienen su influencia en los principales gobiernos locales.

El 15 de enero de 2003 se posesionó el gabinete de Gutiérrez, cuya composición expresa una extraña amalgama donde conviven representantes de sectores financieros (el ministro de Gobierno, Canessa; el embajador itinerante, Lasso; el ministro de Finanzas, Pozo), con una consolidada burocracia militar (aproximadamente la tercera parte de las funciones gubernamentales están en manos de ex militares), junto a los líderes históricos del movimiento indígena (el ministro de Agricultura, Macas; la ministra de Relaciones Exteriores, Nina Pacari), más la izquierda radical

(el ministro de Ambiente, Isch).

Los primeros treinta días de gestión gubernamental de Gutiérrez son contradictorios y negativos. A la par que reconoce espacios políticos claves al movimiento indígena y a la izquierda, implementa un programa de ajuste, con elevación de precios en los combustibles y la energía eléctrica, suscribe un acuerdo con el FMI; por otro lado, promociona programas de atención a los sectores campesinos y a entidades educativas. Lo más alarmante es su política internacional. Se niega a contactos serios con los gobiernos democráticos de Brasil y Venezuela, y en su lugar privilegia un acercamiento con la administración Bush, en pleno escenario guerrerista, y en la Casa Blanca, se declara como “el mejor aliado de los Estados Unidos”, en franca renuncia a posiciones de soberanía y dignidad.

Al mismo tiempo, los partidos tradicionales se hacen fuertes en el Congreso Nacional, anuncian su oposición a las iniciativas del gobierno y lo acusan de traición al pueblo. Existen movimientos de izquierda y de organizaciones populares que no forman parte del gobierno, que alertan de un proceso de cooptación del movimiento indígena por parte del poder y de la paradoja de un “neoliberalismo con poncho”.

Así se configura un escenario complejo, donde ese anhelo de cambio, expresado en las movilizaciones populares y en las últimas elecciones por el pueblo, pretende ser canjeado por una simulación grotesca de retórica verbalista, personalismo y clientelismo, atravesada por correlaciones de fuerzas políticas adversas.

FRACTURAS EN LA HEGEMONÍA Y EMERGENCIA DE SECTORES SUBALTERNOS

Es sintomático que el personaje central de la coyuntura, el coronel Gutiérrez, sea un líder carismático con escasas estructuras políticas, que hace gala de un discurso y poses populistas, como la expresión “soy izquierda y derecha a la vez”.¹ El escenario se aproximaría a lo que la politología gramsciana llamaría “cesarismo”: una solución arbitraria confiada a una personalidad, en una situación de equilibrio de fuerzas, en definitiva un equilibrio circunstancial pero –advierte Gramsci– la salida puede ser progresista o regresiva, depende las fuerzas o proyectos que

terminen por consolidarse.²

Este escenario complejo puede ser explicado por varias causas, entre ellas, una fractura en el control hegemónico de la burguesía local, expresada en la incapacidad de generar consensos sociales estables en torno a su programa, que es el neoliberalismo y la apertura a la globalización, a través del vehículo de sus partidos políticos. Los ejemplos de este debilitamiento están en la fragilidad de sus gobiernos –cuatro presidentes de la república en siete años– y en la derrota de sus líderes presidenciables en octubre de 2002.

En la conciencia popular se fueron desgastando los personajes políticos de la burguesía, paralelamente a la quiebra de los partidos políticos como instrumentos de mediación con la sociedad. Los ex presidentes Febres Cordero, Borja y Bucaram, personajes contruidos desde el poder para dictaminar los rumbos a tomar por la sociedad ecuatoriana, fueron perdiendo legitimidad por su participación en casos de corrupción, descarados enriquecimientos, vinculación con sectores bancarios, redes clientelares sobre la base del chantaje y el amedrentamiento.

Un fenómeno particular del caso ecuatoriano es la limitación de los grandes medios de comunicación para obtener amplios consensos sociales. Apenas logran incidir en las capas medias y altas de la sociedad, pero es muy limitado su acceso real al comportamiento político de las capas pobres de los centros urbanos y, peor aún, en las regiones campesinas, en las cuales conservan su incidencia los mecanismos de comunicación directa y orgánicos.

La esencia de este proceso de debilitamiento de la hegemonía de las clases dominantes locales está en la fractura del Estado-nación, que en el caso ecuatoriano siempre fue incompleto, marcado por la visión unilateral blanco-mestiza de los procesos sociales, desconociendo a los pueblos y naciones originarios, con una profunda dependencia económica, reducidos a la re-primarización del aparato productivo, con el peso de una abultada deuda externa, e instituciones estatales débiles.

La aplicación de 20 años de programas de ajuste, a partir de 1982, agudizó esa fractura entre la población y el Estado, que se reflejó en el incremento del desempleo y subempleo (apenas uno de cada tres ecuato-

rianos tiene acceso a una fuente de trabajo estable), crecimiento de la pobreza (alrededor de 80% de la población vive en condiciones de pobreza), disminución del valor de la fuerza de trabajo (el salario básico apenas cubre la tercera parte de la canasta básica).

Quizá el fenómeno que mejor refleja esta ruptura social es el alarmante proceso de emigración que vive el Ecuador desde el año 1997 y que no se detiene. Hoy el 25% de la población económicamente activa se encuentra en los Estados Unidos, España, Italia³ y otros destinos de los países capitalistas desarrollados. La justificación más frecuente para este éxodo es: “porque aquí ya no hay futuro”.

De esta manera, en el escenario político lo definitorio es la debilidad de los “de arriba”, mas no una supuesta fortaleza de los “de abajo”.

Es por esas grietas abiertas que accede y crece esa voluntad colectiva sintetizada en la consigna: “No queremos las mismas medidas de siempre, ni con los mismos de siempre”. A ello se sumó la identificación social con el movimiento indígena, en el cual se depositan las esperanzas de cambio, y la convocatoria de los sectores de la izquierda orgánica y movimientos populares que se suman a este torrente. Es en este marco que crece la adhesión a la candidatura de Sociedad Patriótica, el movimiento electoral que formó Gutiérrez con ex militares y familiares, Pachakutik, el brazo político de la CONAIE, y el MPD, con una tendencia de izquierda radical.

Al iniciar oficialmente la campaña electoral, en agosto de 2002, la adhesión a la candidatura de Gutiérrez se estimaba en 12%, para la primera vuelta, en octubre alcanza 22%; en la segunda vuelta triunfa con el 54%, y el día de su posesión en la Presidencia, el 15 de enero de 2003, las empresas encuestadoras registran una simpatía del 61% de la población.

POTENCIALIDADES Y LÍMITES DEL MOVIMIENTO INDÍGENA ECUATORIANO

El rumbo de los acontecimientos a favor de una perspectiva de cambio en la actual coyuntura está en el comportamiento que el movimiento indígena organizado adopte dentro del gobierno, y también en los posicionamientos de las diversas fuerzas de izquierda, antes que en los vaivenes de la voluntad voluble del caudillo militar. Pero, lo que hasta hoy demues-

tran indígenas e izquierda es desalentador. Pragmatismo, oportunismo, encerrados en el reparto de cargos, con disputas por los puestos, carentes de capacidad para determinar ese rumbo de esperanza; atrapados en ministerios intrascendentes, cercados por las burocracias, sin posiciones de mando. La esencia de una gestión de gobierno: la economía es manejada bajo dictados neoliberales.

Así se multiplican las inquietudes sobre: ¿por qué el movimiento indígena va perdiendo iniciativa en el Gobierno y su dirección pareciera quedar absorbida en la institucionalidad estatal? Las respuestas son hipótesis que se deben construir al mirar el conjunto del desarrollo histórico, y eso realizaremos en las líneas siguientes.

El movimiento indígena, expresado en la CONAIE, lideró el proceso social más importante de los últimos quince años en el Ecuador. Es una de las organizaciones indígenas de mayor trascendencia en la América Latina actual, y dentro del país muchos la han percibido como el sujeto político capaz de desencadenar un verdadero proceso alternativo al neoliberalismo y a la llamada globalización.

Esta etapa histórica arrancó en 1984, con las primeras reuniones para la constitución de la CONAIE, la cual se consolida con el levantamiento del Inti Raymi en julio de 1990; protagoniza otros seis levantamientos nacionales, conforma el Partido Pachakutik en 1996 y accede al Congreso Nacional y a los gobiernos locales, consolida su presencia en varios municipios alternativos, en el año 2000 protagoniza una insurrección indígena-militar, y en enero de 2003 accede al gobierno.

La particularidad de la CONAIE fue generar un aglutinamiento movilizad, participativo, que entra a la disputa política y del gobierno, desde reivindicaciones étnicas y culturales, relega a un segundo plano las demandas por la redistribución de la tierra, opta por formas de lucha pacíficas y reniega de cualquier iniciativa armada. Su cuestionamiento central es a la imposición de un dominio blanco-mestizo, a través del Estado-nación.

¿Cuál es el eje que articuló el recorrido del accionar social y político del movimiento a lo largo de este periodo, y qué lo proyecta en su participación gubernamental? La respuesta no es tan fácil. En la etapa organizativa inicial (1984- 89) el eje está en los conflictos sobre la propie-

dad y uso de la tierra; luego, en los primeros levantamientos (1990-95), está en la difusión de las demandas sobre el carácter plurinacional y multicultural del Ecuador; a continuación (1996-99) se abre una fase de oposición clara a los programas de ajuste y a ciertos elementos sensibles del modelo neoliberal, como las privatizaciones y en enero de 2000, se presenta un programa que interpela a todas las funciones estatales.

El principal dirigente del movimiento indígena, Luis Macas, presidente de la CONAIE en el primer levantamiento nacional y hoy ministro de Agricultura, definía de esta manera, en 1990, el programa de los indios en el Ecuador:

[...] nuestra demanda es el reconocimiento del país como Estado plurinacional, consideramos que nos identificamos como nacionalidades indígenas, que formamos parte de un Estado Plurinacional [...] que reconozca el derecho a la autodeterminación, que nos permita tener competencia plena sobre la administración de los asuntos internos de nuestras comunidades.⁴

A inicios de 2003, el propio Macas, en vísperas de su posesión dentro del gabinete, dio la siguiente definición al carácter del nuevo gobierno: "La alianza PSP-Pachakutik permitirá una etapa de transición, de cambios que el movimiento indígena pretende hacer. Vamos a sentar las bases de nuestro proyecto. La perspectiva es construir un Estado Plurinacional, que permita el ejercicio de los derechos de todos."⁵

El eje vertebral de la movilización y organización del movimiento indígena es la reivindicación de la plurinacionalidad⁶ que garantice autonomía y autogobierno a las nacionalidades indias, y articule así las demandas de multiculturalidad y pluriétnicidad. Aquí se encuentra su novedad y potencialidad, pero, probablemente también, su límite en la perspectiva de un proyecto para el conjunto de la sociedad ecuatoriana.

El movimiento se consolida al impugnar los pilares sobre los cuales se construyó el antiguo y fragmentado Estado-Nación, a la par que cuestiona ejes del pensamiento dominante occidental racionalista, obligando al reconocimiento de los saberes de las culturas originarias, entre ellas, las cosmovisiones de los pueblos andinos, sus lenguas y dialectos, sus pro-

pías formas culturales, la condena oficial a los genocidios de las etapas de conquista, colonia y república, y la confrontación al racismo y segregacionismo de la ideología capitalista y racista.

El movimiento indígena tiene la fortaleza de estremecer no sólo a las instancias del Estado, sino a la vida cotidiana de todos los ecuatorianos y ecuatorianas, que se habían formado sobre la base del ocultamiento de los aportes de los pueblos y naciones originarios. Se abre la mentalidad y la sensibilidad para que los mestizos “empiecen a reconocerse en el polo indio y no el polo blanco de su identidad desgarrada”.⁷

La fortaleza del programa del movimiento indígena ecuatoriano de los noventa se encuentra en que: “el problema indio es también el problema mestizo [...] las identidades étnico –culturales son formas simbólicas en que cuajan y se cruzan complejos intereses sociales y de clase”.⁸

La emergencia de los pueblos y nacionalidades originarios estremece las raíces de identidad y construcciones culturales de los ecuatorianos. Reivindica al conjunto de las clases y capas de los explotados y excluidos, que también son indios, o cholos, o chagras; todos ellos son el “otro” frente al blanco/burgués. Permite la revalorización de las economías comunitarias en el agro, y de sus formas originarias de entender la salud y la educación.

Este fortalecimiento del movimiento indígena, que tiene en sus raíces una lucha de resistencia de quinientos años, se articula en la década de los noventa con la acción de amplios sectores en oposición al modelo neoliberal, en un escenario donde el movimiento obrero enfrenta la crisis ideológica provocada por el derrumbe de los regímenes socialistas, el debilitamiento de la mayor parte de los partidos de izquierda, en un momento en que la socialdemocracia se pliega al liberalismo.

Los mencionados acontecimientos generan el espacio para que dicho movimiento se constituya en el sujeto político que marca la dirección a las movilizaciones sociales en los últimos doce años. A lo largo de esta trayectoria se configuran varias tensiones en el accionar y la dirección del movimiento indígena: i) entre la participación o no en la institucionalidad del Estado; ii) entre las formas de lucha directa y los procesos de negociación-acuerdo con el poder; iii) entre la autonomía política y la ingerencia

creciente de políticas “de desarrollo” provenientes del Banco Mundial; iv) entre un programa con énfasis en lo étnico y un programa que se abra para el conjunto de la sociedad.

Cabe analizar cada una de estas tensiones, que no son las únicas, pero que nos pueden dar algunas pistas de por dónde han ido los procesos y esbozar hipótesis de un debilitamiento en una propuesta de bloque popular.

Sobre la participación o no en la institucionalidad del Estado, es importante recordar que sólo hasta fines del siglo XX se puede hablar de un intento serio desde los círculos en el poder para incorporar a los dirigentes del movimiento indígena a las formas institucionales. En 1996, el entonces presidente Bucaram propone un Ministerio Indígena y coloca al ex vicepresidente de la CONAIE, Pandam, en ese lugar; el movimiento indígena rechaza ese proceso de cooptación y expulsa de la organización a Pandam. Más tarde el gobierno de Noboa, a mediados de 2001, lanza un nuevo intento, como respuesta a las movilizaciones de este sector, y nombra a Luis Maldonado, ex dirigente nacional de la CONAIE, como ministro de Bienestar Social, quien logra cierto consenso. A la par, en los procesos electorales se consolida la presencia de dirigentes indígenas en el Congreso Nacional y en los gobiernos locales. Sin embargo, el proyecto más grande de incorporación de estos pueblos a las redes estatales se instaura en 1997, con el Programa Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indios y Negros (PRODEPINE) que destina ingentes recursos del Banco Mundial y del Presupuesto del Estado para atenciones puntuales a localidades y regiones indias.

A inicios de los años noventa, dentro del movimiento indígena ecuatoriano son fuertes las tendencias de oposición al acceso a la institucionalización. Por ejemplo, se bloquea la participación directa en procesos electorales; esto es superado en 1996. Las comprensiones sobre lo estatal y la búsqueda de estrategias autónomas son demasiado elementales, priman las intuiciones más que el debate teórico.

Respecto de las tensiones sobre la acción directa, esta es la etapa de consolidación del levantamiento nacional como la forma de lucha principal del movimiento indígena, que concentra sus energías, las despliega con audacia y logra, en sus mejores momentos, arrinconar al poder. Estos

se convierten en los catalizadores de la conciencia de resistencia que emerge como un torrente (junio 1990, marzo 1994, marzo 1999, julio 1999, enero 2000, febrero 2001). Los últimos levantamientos fueron por presión de las bases, obligando a las direcciones nacionales a romper la pasividad. El núcleo base del movimiento es la propia comuna indígena, y su área de combate se traslada de la localidad al centro del poder político. Centenares de comunidades movilizan a millares de personas desde las zonas profundas de la ruralidad, marchan hacia las grandes ciudades, en el camino cortan carreteras, toman posesión de los centros de comercio e incluso de los centros de retransmisión de radio y televisión, avanzan hacia la capital, allí logran la adhesión de los sectores urbanos y arrinconan a los gobernantes de turno.

Pero el aprendizaje de la lucha –la evaluación dentro de la propia comunidad, entre levantamiento y levantamiento– se desplaza de un aprendizaje político hacia la elaboración del pliego de demandas y aspiraciones para la negociación con el gobierno, la mediación de los altos mandos de la Iglesia (en la primera etapa 1990-96) y de los militares (en la segunda etapa, 1999-2002). El asesoramiento de los “expertos” ligados a Naciones Unidas o al Banco Mundial diluye la posibilidad de consolidar un proyecto político con una subjetividad crítica y autónoma. Así uno de los eslabones débiles es el proceso de evaluación y aprendizaje⁹ en el intermedio de la ebullición de estas formas de lucha.

Quizá la propia vertiginosidad de los acontecimientos, la poca experiencia previa de la mayor parte de los líderes del movimiento indígena, combinado con el apartidismo reinante, y el alejamiento de la izquierda tradicional, que a su vez queda atrapada en las perspectivas campesinistas, provocan que los cuadros indígenas de la lucha queden copados en el nuevo rol de negociadores con el poder.

A su vez, la burguesía aprende que la mejor forma de evitar radicalizaciones es trasladar el foco de tensión de la lucha hacia la negociación, con el menor número de concesiones concretas y directas cuando todavía el levantamiento está activo, y dejar la mayor parte de temas para ser tratados en las mesas de diálogo. Una vez desactivada la movilización de las masas, dar largas y difuminar la discusión sobre los temas estruc-

turales, mientras da prioridad a la implementación de políticas focalizadas hacia las zonas campesinas e indígenas y va cooptando a un segmento de la dirección hacia los puestos gubernamentales de manejo de estos fondos y programas.

El tercer punto de tensión hace referencia a la conducción de los gobiernos locales administrados por el movimiento indígena. Esta es una de las fases más interesantes del periodo analizado, a lo largo de la década. Especialmente, desde la constitución del Movimiento Pachakutik en 1996, se multiplica la presencia política de éste en municipios e, incluso, en consejos provinciales, alcanzados a través de elección popular, convirtiéndose en un termómetro de esa voluntad colectiva de volcarse, no sólo de los indios, sino de los mestizos y de las capas medias, en torno al liderazgo de la CONAIE. En algunos de estos gobiernos locales se implementan experiencias exitosas de autogestión y se multiplican los procesos verdaderamente participativos; intentan construir elementos alternativos, pero en la mayoría persisten las formas administrativas tradicionales de clientelismo y corporativismo. Las posibilidades de recursos económicos y técnicos van amarradas a los programas de desarrollo organizados por el Banco Mundial, y algunas ONG, cuyo énfasis es el reacomodo de las instituciones, mas no la apertura de auténticos procesos democráticos. La mentalidad del desarrollo local hace perder de vista un proyecto integral, para el conjunto de los pueblos y trabajadores del Ecuador.

En cuarto lugar está la tensión entre un proyecto étnico y un proyecto para el conjunto de la sociedad, que dé cuenta de las contradicciones medulares del Ecuador contemporáneo; tensión entre la consolidación de las tendencias gremialistas y corporativas y la emergencia de una perspectiva que alcance universalidad. La propia estructura de la Confederación de Nacionalidades Indígenas pareciera que consolida la corporativización, pues la columna vertebral la constituyen los agrupamientos de nacionalidades de la Amazonía, la CONFENAIE, y de las zonas andinas, la ECUARRUNARI, los cuales a su vez se compartimentan en cada una de las nacionalidades y pueblos. Esta estructura corporativa, cuya innovación en la década de los noventa fue la adscripción en torno a identidades étnico-culturales, y no economicistas, pretendió ser superada a través de las iniciativas del movi-

miento político Pachakutik y el experimento de la Coordinadora de Movimientos Sociales, pero ambos fracasaron en ese intento, para quedar reducidos, el primero a ser el brazo político de la CONAIE y, el segundo, a fragmentarse. Esto provocó la afirmación de las perspectivas particulares sobre aquéllas del conjunto de la sociedad. Esta tensión se expresa en el ir y venir de consignas que influyen dentro del movimiento. Así en febrero de 2001 se proclama: “Nada sólo para los indios”, y en estos días del año 2003, circula el lema de: “Los indios vamos a aprender a gobernar”.

¿SE PUEDEN CONSTRUIR PROPUESTAS ALTERNATIVAS ARRASTRANDO EL “COMPLEJO DEL MURO”?

Los rumbos que va adoptando el gobierno de Gutiérrez y el comportamiento de la CONAIE-Pachakutik dentro de él, no afectan sólo la cuestión del sujeto político, sino también la cuestión de la construcción de alternativas al neoliberalismo y la globalización; en verdad ambos están íntimamente articulados.

Durante el agitado periodo de consolidación del movimiento indígena y de afirmación de algunos movimientos de izquierda y populares, en el Ecuador hubo un fluir del debate sobre propuestas alternativas: eventos, seminarios, círculos de estudio y debate, se multiplicaron. Incluso, algunas propuestas alcanzaron un interesante consenso como, por ejemplo, el Proyecto Popular de Nueva Constitución (1997), el Programa Conjunto del Congreso de los Pueblos (1999), y el Programa del Parlamento de la Junta de Salvación Nacional (2000).

El escenario ecuatoriano parecía tener una ventaja sobre otros similares en Latinoamérica, en la suposición que se construía una identidad entre el principal movimiento popular y las propuestas alternativas.

Pero los acontecimientos que se van presentando ponen en duda ese optimismo, y obligan a reflexiones sobre lo sucedido. Así surgen hipótesis que plantean que estos debates sobre alternativas, e incluso las percepciones sobre el movimiento indígena, estuvieron afectados por el “complejo del muro”, que es descrito de la siguiente manera por Breilh: “buena parte de la intelectualidad cayó presa de lo que podríamos llamar

como el 'complejo del muro' que consistiría en una fobia o renuncia del pensamiento emancipador que inspiró la lucha socialista de las décadas anteriores".¹⁰

Históricamente, el movimiento indígena ecuatoriano se desarrolla en la última década del siglo XX, en el marco general de un discurso dominante sobre la quiebra definitiva de los proyectos socialistas, la declaratoria de muerte al marxismo, en torno a las consignas del "fin de las ideologías" y el "fin de la historia". Esto influye sustancialmente en el ámbito epistemológico y en el ambiente intelectual, que relega a un nivel secundario y, en ocasiones, desecha de plano, el debate sobre aspectos medulares como el capital, y los cambios en la propiedad, o aquel otro del Estado y la confrontación entre proyectos hegemónicos que implican la construcción de fuerzas, consensos y confrontaciones o, también, negar un horizonte de transformaciones socialistas.

En uno de sus recientes textos,¹¹ Franz Hinkelammert alerta sobre el empobrecimiento de la discusión cuando queda marcada por el anticomunismo, pues en nombre de éste se niega cualquier crítica de esencia al pensamiento burgués, y el debate de alternativas debe asumir este desafío: "Hoy se necesita reclamar en contra de la imbecilidad del anticomunismo. Libertad para poder discutir sobre un futuro más allá del capitalismo que amenaza nuestro futuro."¹²

Esta fase del debate de alternativas en el Ecuador no alcanzó a asumir el reto de construir esa libertad en el pensamiento, a liberarse de las ataduras del anticomunismo y discutir plenamente un futuro más allá del capitalismo, reconociendo los aportes del marxismo y de los procesos revolucionarios del siglo XX. En buena medida quedó entrampado dentro de un horizonte estrecho, en unos casos etnicista, en otros socialdemócrata, de un reformismo sin estrategia.

Ahora bien, tampoco en este campo del debate de alternativas el escenario es lineal y transparente, al contrario, también hay una maraña compleja de aciertos y desaciertos, de vericuetos y adopciones ideológicas que, en ciertos casos, complicaron la fluidez de un pensamiento crítico y un programa más preciso.

El movimiento indígena se asumió como parte de los "nuevos movi-

mientos sociales”, y esa perspectiva lo empieza a permear, agudizando los elementos étnicos de su propuesta. El discurso asume la visión del “otro” como diverso, en sustitución de aquel discurso del “otro” como antagonista; la consolidación de la epistemología de la diversidad en sustitución de la epistemología de la contradicción: “es el paso de una primera fase radical e integrada a las luchas revolucionarias nacionales y de clase, a una segunda, signada por el llamado reconocimiento de las diferencias, su conversión en luchas particulares y su subordinación a la lógica del mercado y del Estado”.¹³

Este viraje del eje del discurso tiene consecuencias políticas, al poner el énfasis en las demandas a “ser reconocidos”. Las lógicas del mercado y del control social no son criticados en su anatomía, sino apenas en sus efectos. Las tensiones descritas líneas arriba empiezan a definirse a favor de un programa corporativista, se atempera el espacio de la lucha directa, gana protagonismo el de la negociación y la inserción en el Estado.

Las visiones sobre el Estado resultan ingenuas, la sociedad civil anula a la sociedad política, en el campo de las clases subalternas, donde el momento del consenso es el todo, y desaparece el momento de la confrontación de fuerzas.

Otro elemento es el viraje teórico que da prioridad a la perspectiva de la circulación, los cambios y reformas en este campo en detrimento de la perspectiva de la propiedad, y las transformaciones estructurales que la monopolización requiere:

[...] pareciera ser que la tendencia del movimiento indígena y campesino es a allanarse a la estructura de la propiedad rural y dejar lo comunitario para determinadas gestiones estratégicas y de reivindicación cultural, que por importantes que sean no permiten tampoco el aprendizaje del funcionamiento general de los engranajes de explotación y opresión.¹⁴

Dejar por fuera la crítica y las alternativas a los engranajes de explotación y opresión y reducir la potencialidad de la comunidad andina al espacio de reproducción política y cultural. Las lógicas del capital son apenas criticadas en sus efectos. Esto debilita las posibilidades de sentar bases

para construir una estrategia social, descuida también, una relación entre las luchas nacionales y las internacionales, así como una comprensión cabal de los procesos de control geopolítico manejados por el imperio.

Ahora se hace visible que el debate de alternativas fue relegando el campo de la crítica integral al sistema, a favor de la respuesta inmediata a las presiones de la coyuntura, a la mera oposición a los programas de ajuste y a presentar salidas específicas para la transacción en las mesas de negociación.

Las tensiones que marcan el proceso social y político del movimiento a lo largo de la década previa pareciera que se van decantando, no sin conflictos a su interior, a favor de un proyecto corporativista, étnico-cultural.

LA PERSISTENCIA DE UN ESCENARIO FRÁGIL

El actual proceso político está marcado por la precipitación de una coyuntura donde el bloque dominante se encuentra debilitado por la crisis de sus mecanismos de mediación –los partidos tradicionales– y el bloque popular aún no se consolida por la persistencia del corporativismo en los actores sociales. En el medio actúa un líder caudillista, que llegó a la presidencia por el apoyo de las fuerzas populares, pero que para mantenerse en el gobierno busca desesperadamente el aval de las oligarquías.

Cuando el movimiento indígena y los partidos de izquierda respaldaron la candidatura electoral de Gutiérrez las perspectivas de triunfo parecían improbables, por eso hubo demasiadas ligerezas en la negociación de la alianza, como la falta de definiciones sustanciales en el programa electoral, o aquella de no asegurar una presencia directa en el frente económico del nuevo gobierno.

Los resultados sorprendieron a propios y extraños. La respuesta de los movimientos y partidos del campo popular es lenta y, lo que es más grave, no recurren a la movilización directa de sus bases para imponer una conducción de resistencia y soberanía al gobierno. A su vez, Gutiérrez responde formalmente con una retórica verbal y con una pragmática de alineamiento con el imperialismo.

En estas condiciones sería un error otorgar solidez a estos temporales

alineamientos, y tampoco cabe dar por sentado un definitivo viraje del movimiento indígena hacia la cooptación por el Estado. Lo que existen hasta el momento, en los primeros cien días de gobierno, son disputas de tendencias y capacidades o inhabilidades para imponer las reglas del juego.

Si algo ha caracterizado al proceso político en el Ecuador, desde 1996 hasta el presente, es su fragilidad. Aquellos gobernantes que no cuidaron su base social cayeron como castillos de naipes; eso le aconteció a Mahuad cuando castigó a las clases y capas medias con el congelamiento bancario. Hubo otros que buscaron demasiadas pugnas y subestimaron la posibilidad de maniobra de la vieja oligarquía; eso le sucedió a Bucaram. Ambos perdieron de vista la capacidad de resistencia y movilización de los sectores más pobres de la nación.

Gutiérrez tiene un límite en el juego de alinearse a la derecha, y es perder la base social que creyó en él –los mas pobres y excluidos del país– y se engaña si cree que las oligarquías lo aceptarán como uno de los suyos.

Pero el movimiento indígena y los partidos de izquierda gobernantes también corren fuertes riesgos: quedar atrapados en las redes de la institucionalidad, perder la autoridad ética y moral ganada en la confrontación al neoliberalismo, y fraccionar las organizaciones que construyen un proyecto autónomo y crítico.

Sin embargo, el escenario de fondo, aquel de los problemas sustanciales de la sociedad ecuatoriana (pobreza, desempleo y corrupción) más el creciente debilitamiento de la dolarización, está intocado, y lo más probable es que pronto ingrese a una nueva fase de quiebra, cuando el pueblo ya no aguante nuevos impuestos o aumentos de precios, cuando mermen los ingresos estatales ante una reducción del precio del petróleo, o la disminución de las remesas de los migrantes, cuando se incremente la quiebra de las industrias nacionales ante la invasión de productos importados, cuando la dignidad de los pueblos cuestione a los gobernantes.

NOTAS

¹ Dicen mucho las siguientes expresiones de Gutiérrez: “Un paso adelante con la izquierda, un paso atrás con la derecha, o viceversa... Si compartir y ser solidario es ser de izquierda, soy de izquierda; si generar riqueza e impulsar la producción es ser de derecha, soy de derecha”. *El Universo*, 16 de enero de 2003.

² Antonio Gramsci, Cuadernos de la Cárcel, tomo 5, cuaderno núm. 13, nota 27, *El Cesarismo*, Ed. BUAP/ERA, México, 1999.

³ Sólo en España el registro de ecuatorianos con residencia legal pasó de 4 100 en el año 1997 a 133 000 en el año 2002; la migración más alta de latinoamericanos sólo superada por la proveniente de Marruecos. *El Comercio*, 26 de enero de 2003.

⁴ Luis Macas, *El levantamiento indígena visto por sus protagonistas*. Ed. Abya Yala, Quito, 1992.

⁵ *El Comercio*, 1 de enero de 2003.

⁶ Pablo Dávalos explica así las comprensiones sobre la plurinacionalidad. “Lo ‘pluricultural’ y ‘multiétnico’ no es ‘plurinacional’, los primeros conceptos hacen referencia a la identidad cultural y étnica de cada pueblo y cada nación como un conjunto de características propias que los hacen diferentes, son conceptos culturales; el concepto de ‘plurinacionalidad’, en cambio, es más bien un concepto político, no solamente implica la aceptación de diferencias culturales, va más allá y demanda un régimen de autonomía y autogobierno, justamente legitimado en la diferencia cultural, para cada uno de las naciones y pueblos indígenas”, *Revista de Ciencias Sociales* núm. 20 Escuela de Sociología, Universidad Central del Ecuador, Quito, 2001.

⁷ Alejandro Moreano, “Ecuador: simulacro o renacimiento”, *La rebelión del Arco Iris*.

⁸ *Ibid.*

⁹ “Es justamente la lucha y el conocimiento práctico que en ella se adquiere la que lleva, en mayor medida, a un desarrollo de la conciencia de clase elemental”. Luis César Bou, “El espontaneísmo en los movimientos de masa: el caso de Rosario 1969”, *Observatorio de conflictos*, Argentina, enero 2002.

¹⁰ Jaime Breilh, “El asalto a los derechos y el ‘otro mundo’ es posible”, en: revista *Espacios* núm. 11, Ecuador, 2002.

¹¹ Franz Hinkelammert, *Los derechos humanos en la globalización: la utilidad de*

la limitación del cálculo de utilidad, Ed. DEI, Costa Rica, 1998.

¹² *Idem.*

¹³ Alejandro Moreano, *El paso del Otro al otro*, inédito.

¹⁴ Breilh, *ibid.*